fortificaciones mexicanas, y concluye con el cobarde y miserable abandono del Archiduque Maximiliano: comienza respecto de México con las glorias inmarcesibles del 5 de Mayo, y concluye con la ejecución de la justicia nacional en Querétaro: justicia ejercida de una manera digna y valerosa: castigando á los culpables poderosos..! perdonando á los culpables desvalidos y desamparados!..

La parte que á nuestro modesto Yucatán cupo en esta epopeya gloriosa, tuvo, como desgraciadamente aconteció en los más Estados de la República, sombras y luz: tuvimos sí la desgracia excepcional de que la revolución que trajo consigo el germen de la causa extranjera, se lanzó á la lucha no contando en sus filas un solo soldado extraño á nuestro país, con el objeto ostensible de procurar un cambio de personas en la administración pública, é invocando los sentimientos nacionales y los principios de libertad: esta farisaica revolución triunfó en Julio de 1863; y triunfó, no porque á pesar de su fingido republicanismo hubiese sido popular, sino porque la mayor parte de los habitantes del Estado, no previendo más que un cambio de personas y con más ó menos motivos, no teniendo particular afección por las unas ó por las otras, fueron fríos é indiferentes espectadores de todo: lo mismo que á los buenos hijos de Yucatán, sucedió á los del vecino Estado de Campeche; y cuando todos se apercibieron de que lo que había pasado era algo más que un cambio de personas y quisieron ponerle remedio, ya era tarde.... .....!

CAPITULO XXIX.

CONTINUA EL ANTERIOR.

LA causa de Napoleón III, había logrado enseñorearse de la Península de Yucatán, como á aquella fecha estaba enseñoreada de una considerable parte de nuestra República, cuyo gobierno, ya en su época de desgracia, habíase visto forzado á abandonar la capital: la traición había consumado su obra, clavando hasta el puño su daga, en el seno de la madre patria.....! Esta fué la manera con que Yucatán quedó en manos del enemigo extranjero: y no titubeamos en asegurar, que si el venenoso reptil que nos amenazaba hubiese sacado á tiempo la cabeza del cieno en que se envolvía..... si los que incubaron en su cerebro la negra idea de la traición, la hubiesen dejado traslucir cuando se lanzaron á derrocar el gobierno existente, éste no hubiera caido tan fácilmente: nó y mil veces nó! Y á pesar de que aquellos hombres esperaron para arrojar la careta de republicanos encontrarse suficientemente asegurados en el poder, no presenció indiferente este hecho escandaloso nuestro país: los que estaban en Mérida el 24 de Enero de 1864, recordarán la excitación y desasociego que hubo en la Ciudad, y el hecho elocuente y nunca antes visto de que los empleados públicos, casi en su totalidad, abandonaron sus empleos instantáneamente. Hubo pues que buscar hombres *ad hoc* para formular aquellas célebres actas,

en que se ostentó la ignorancia de los unos y se estrelló la inteligencia de los otros, esforzándose en justificar una cosa de suyo injustificable.

A estos hechos se siguieron para Yucatán, tres años en que el llamado gobierno imperial, dominó al país pacíficamente, pues tuvimos también la especialísima desgracia de ser *socorridos* constantemente con gruesas sumas, que se distraían de los préstamos franceses, y de que los hombres que enviaba el archiduque para gobernarnos fuesen mexicanos, oriundos de otros Estados, y se apoyasen en cuerpos de línea mexicanos también, que se hicieron venir al efecto de la Capital: todo ésto sedujo á una parte considerable de nuestro pueblo, que no sintiendo inmediatamente el odioso dominio del invasor, no llegó á apercibirse de que aquel oro que se le prodigaba era el precio de la sangre de esos hermanos, de cuyos padecimientos no era testigo, y de que aquellos mexicanos que le gobernaban no conservaban de tales más que el nombre, y se filió alucinado á las banderas imperiales. Justo es, por lo tanto, y grato reconocer que en Yucatán, más que en ninguna otra parte de México, un número muy pequeño de los que abrazaron la causa del llamado Emperador Maximiliano, es responsable rigorosamente del delito de lesa Nación.

La causa, pues, de Napoleón III, parecía tan consolidada entre nosotros, que se miraba con sonrisa compasiva á los que alimentaban su fe inquebrantable en la vuelta de la República. En ese período vimos, por supuesto, representarse en Mérida, en pleno siglo *XIX*, todas las farsas anexas al añejo y ridículo sistema de las

monarquías: nada nos faltó: hubo banquetes, *soirées*, fiestas reales, bailes de *rigorosa etiqueta*, caballeros cruzados, damas de honor, chambelanes, ovaciones diurnas y nocturnas á la Archiduquesa *Soberana*, que rayaban en el delirio, arcos *triunfales* sin triunfo, y sobre todo fiestas hipócritas con que se afectaba celebrar los aniversarios de la independencia nacional, en las cuales más de un orador dió al traste con su genio. El único que recordamos hubiese hecho época en aquella época triste, el único que causó verdadera sensación entre sus correligionarios, fué precisamente el que habló en este lugar la primera vez que tuvieron lugar aquellas llamadas fiestas nacionales: por ésto es que no podemos dejar de hacer reminiscencia de aquella famosa profecía, que formuló en estas palabras: " Se acabó.....! Ya no hay República.....!" ¿Qué os parece ciudadanos.....? ¿seremos desmentidos tan prontamente como los profetas del archiduque, si á nuestra vez decimos hoy: "Se acabó.....! Ya no hay Imperio.....?" Tampoco podemos dejar de recoger hoy el guante arrojado entónces á la cara de nuestros hermanos en estas palabras: "¿Dónde estabais vosotros, fieros republicanos de callejuela, demócratas inquebrantables en los corrillos, decidores de la buena ventura del populacho; dónde estábais cuando la sangre corría en derredor de Puebla? Os lo voy á decir. Vosotros los émulos de Cincinato y de Catón de Utica, mecidos en vuestro lecho de columpio, os complacías en los partes oficiales, aplaudiendo como los espectadores de un teatro casero; y ébrios de entusiasmo en vuestros festines, dejábais evaporarse el patriotismo en largos y ruidosos brindis." Por

supuesto que estas palabras produjeron maravilloso efecto..... por supuesto que la sátira se cebó más y más en los *republicanos de callejuela.* Llegó, empero, la época de contestar aquella pregunta insultante, porque podemos contestar con los hechos, no nuestros, sino de nuestros hermanos por cuyo nombre hablamos; con los hechos, sí, que han demostrado á los partidarios de los franceses que aquel patriotismo que creían se hubiese evaporado en los brindis, se había reconcentrado más y más en los corazones de aquellos jóvenes ardientes y entusiastas, que solo esperaban que el Dios de la justicia hiciese sonar la hora; y cuando ésta llegó, ya vieron los imperiales con qué vigor, con qué energía se lanzaron á derrocarlos, sin contar con los elementos inmensos conque tenían qué luchar, guiados por el prohombre de los republicanos yucatecos, por el inquebrantable Manuel Cepeda: ya vieron también con qué triunfo tan espléndido coronó Dios sus afanes, y el uso verdaderamente liberal que han hecho de la victoria, al grado de haber provocado la inculpación de algunos hombres, patriotas en verdad, pero que olvidan cuán hermoso y cuán conforme á nuestros sagrados principios es el perdonar..... Nosotros, por el contrario, á nombre de estos principios, rogamos al gobierno, sea siempre liberal, antes que justiciero.

Juventud generosa y patriótica! has restituido, pues, á Yucatán su honra y su soberanía; pero reflexiona que aún te resta mucho que hacer. Tu misión aún no está cumplida. Si como no lo dudo, deseas en pró de tu nombre, en pró de la felicidad de tu país, consolidar tu

obra, tienes ante todo, que encaminar á esos adolescentes, ávidos de saber y llenos de fe en el porvenir; debes mejorar, en pró de su ilustración y de su bienestar, la condición de nuestra clase proletaria, de esos honrados artesanos tan llenos de valor y de lealtad; tienes, en fin, que sacar del profundo abismo de la ignorancia en que yacen sumidos, en méngua de nuestra civilización, á esos desgraciados individuos de la raza indígena que viven sujetos á nuestras leyes, y cuyo sudor fertiliza nuestros campos: infiltra en todos y cada uno de esos adolescentes, de esos artesanos, de esos indígenas los sentimientos patrióticos que á tí te animan: enséñales lo que México ha sido, lo que és y lo que puede llegar á ser con la ayuda de sus hijos: también estás estrechamente obligada á señalar siempre, para que enérgicamente se corrijan, los abusos inevitables que suelen cometer algunos agentes secundarios del gobierno, que obrando léjos de su vista, falsifican sus principios y se extravían miserablemente de la senda que les ha marcado, causando así un daño imponderable á nuestras instituciones. Las escuelas, la prensa, la tribuna, el Instituto Literario serán por ahora tus elementos. Trabaja, pues, sin trégua y sin descanso: tienes que luchar contra las malas pasiones y contra preocupaciones añejas, revividas con tres años de dominación extranjera; tienes que remover solícita las malas simientes que cautelosamente dejan caer en el terreno virgen esos hombres, partidarios de los privilegios y de los intereses materiales: simientes del egoismo y del excepticismo, en cuyos amargos frutos están ellos nutridos: tienes que luchar, en una palabra, y con ella es-

tá dicho todo, contra la malicia y el error, eternos enemigos del adelanto y de la ilustración de los pueblos. La obra es árdua..... la senda estrecha y escabrosa;..... pero al cabo de ella se encuentra la inmortalidad: empréndela, pues, y que te sirva de aliciente tu ardiente patriotismo; de protectora egida, la pureza de tu conciencia; de Norte ese astro luminoso que hoy inunda el Mundo con su luz: el nombre de Benito Juárez.

Y tú, pueblo valiente, leal y sufrido, sojuzgado villanamente por los seides de Napoleón III, despierta y reflexiona!..... Reflexiona que esa paz de que disfrutaste durante la época del Imperio, y que halagando tus instintos de orden y de amor al trabajo, te hizo abrazar su bandera; ..... que esa paz que te permitió descansar tu brazo entumecido con tanto tiempo de llevar el arma en los frecuentes combates de la República, era debida á las inmensas sumas de oro que se importaban en nuestro empobrecido país, y á los cuerpos veteranos del interior de la República, en que se apoyaba el gobierno imperial. ¿Y has pensado alguna vez que ese dinero era el precio de la honra de la patria? ..... ¿Qué era el oro con que los franceses querían labrar nuestras cadenas, para luégo uncirnos como esclavos á su carro triunfal?..... Esos mexicanos venidos de otros Estados de la República para gobernarte, venían en nombre de los extranjeros, que en todo el ámbito de la Nación derramaban á torrentes la sangre de nuestros hermanos, ora vejándolos en la picota, ora asesinándolos en los cadalsos, empapados aún con la sangre de tantos mártires. Has palpado que ese llamado gobierno no tenía más

apoyo que las bayonetas francesas, pues en cuanto éstas le han faltado, se ha derrumbado rápida y ruidosamente ante el soberano empuje de la voluntad nacional. Has visto que esos hombres que decían querer tanto á nuestro país, cuando nuestros hermanos estaban á punto de perecer en Tihosuco, dejaron impasibles á sus tropas veteranas permanecer durante mes y medio á una jornada de camino, sin hacerlas volar al socorro de los sitiados, como indudablemente se hubiera hecho, si un hijo de Yucatán hubiese estado en el gobierno. Has visto en el sitio de Mérida la defensa salvaje que hizo el llamado Comisario Imperial, destruyendo despiadadamente nuestros más hermosos edificios; y no llegó á tus oidos el hecho escandaloso de que cuando en lo más crudo de la pelea, el Jefe de las fuerzas sitiadoras propuso una tregua para que las mujeres, los ancianos y los niños se alejasen del teatro de la guerra y se librasen de tantos horrores, Salazar Ilarregui contestó al generoso General republicano, sin consultar la voluntad de una sola de aquellas personas de cuya vida se trataba, que nadie quería salir!..... que todos se encontraban bien!..... Comprende que este proceder es idéntico al del hombre que se guarece de un enemigo poderoso, encubriéndose en las faldas de una mujer.

Despierta, pues, y reflexiona que el autor de la muerte, de la destrucción, de todos los desastres, en fin, de esta calamitosa y tremenda guerra porque acabamos de pasar, y bajo cuyo peso aún nos sentimos agobiados, es únicamente el gobierno de Salazar, que rodeado de personas en su mayor parte extrañas á nuestro suelo, se

propuso ahogarnos en sangre si era preciso, para evitar el triunfo de la República: recuerda, si nó, los asesinatos de Calkiní..... Y en cambio de tantos desastres, puedes apuntar un sólo bien sólido de que le seas deudor al Imperio? El mal más grave que te aqueja, por una experiencia cruel, sabes que es la guerra tenaz que nos hacen los indios bárbaros, guerra que ha costado la vida á tantos de nuestros hermanos, y que te obliga á empuñar el arma constantemente y á mantenerte alejado de tu familia y de tu hogar. Y bien: qué hicieron los comisarios imperiales para aliviarte de este mal? ¿Se hizo alguna vez seriamente esa campaña que entonces, más que nunca, hubiera tenido garantías de buen éxito por los inmensos recursos de que se podía disponer? ¿Y no viste cuán miserablemente y con el objeto de prolongar una lucha desesperada y con ella tus sufrimientos, Salazar Ilarregui dictó durante el sitio de Mérida la orden bárbara de abandonar los cantones fronterizos, lo cual dió lugar á la reciente irrupción de los salvajes que han impreso su huella lúgubre y sangrienta en el hermoso pueblo de Tixmeuac?.....

¿Qué bien le debes, pues, al Imperio? ¿Qué provecho sacaste siquiera de aquellos miles de pesos del oro francés, que se importaron en Yucatán? Tú fuiste testigo de cómo se despilfarraron esas sumas: pingües sueldos asignados á empleados extraordinarios y parásitos; banquetes, bailes, ceremonias, lujo cortesano, en fin, que á tí no te producía ninguna utilidad, ningún placer, y que solo tendía á humillarte y degradarte. Despierta, pueblo, y reflexiona!.....

.....

.....

Se acabó, pues, conciudadanos: ya no hay Imperio!..... "Recogiendo tantas constituciones tan magníficas y liberalmente concebidas, pero casi nunca observadas, encerrémoslas en una urna de oro y pongamos la llave sobre el altar de Dios....." así nos dijo el orador de las fiestas imperiales, tres años hace: nosotros á nuestra vez, saquemos nuestra carta fundamental del olvido á que se creyó poderla relegar, y ante sus inviolables y eternos principios, y sobre ese mismo altar de Dios, juremos á nuestra madre patria, ser siempre celosos custodios de su independencia y de su libertad."

Con esto basta para formarse una idea completa de cómo se celebraron las fiestas de la primera lucha de la independencia nacional, después de la campaña gloriosa de la segunda independencia.

CAPITULO XXX.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS.

CON lo escrito debería terminar mi trabajo en esta obra; pero quiero extenderla algo más con algunas noticias biográficas, de los Sres. General Manuel Cepeda Peraza, Doctor Agustín O'Horan, Licenciado José Antonio Cisneros y Doctor Ramón Albert.

Los tres primeros, por haber sido de los hombres prominentes del partido republicano que hizo la guerra al Imperio, y el último, como uno de los miembros de la juventud que asistió á la campaña del año de 67, según se ha podido ver en el contenido de este libro, y sacrificado con los mártires de Veracruz el 25 de Junio de 1879.

Bien indolente sería, si después de dar á conocer los hechos que formaron la campaña de los republicanos contra el Imperio, me detuviese y no diera á luz la vida de los cuatro personajes referidos, quienes ya no existen y pueden, por lo mismo, ser honrados y alabados sin temor de que su modestia se ofenda.

No puede decirse que me guíe algún mezquino interés al referir su vida, porque como ya no existen, no les puedo hacer mal, ni ellos me pueden hacer ningún beneficio. Están rotos los lazos de interés, de amistad y de cariño que nos ligaron en este mundo.

Pero debo decir que me impulsa á escribir la vida de dichos Señores, la fortuna de haberlos conocido, de haber tenido amistad con ellos, la comunidad de nuestras ideas filosóficas y políticas, y otras particularidades de la existencia.

El General Cepeda Peraza fué mi antiguo amigo, y lo acompañé en la campaña de 67; el Doctor O'Horan, mi amigo, mi consultor en política y el médico cariñoso de mi casa, en la que curó siempre sin ningún interés; el Licenciado Cisneros, mi maestro en Jurisprudencia, mi compañero en la Judicatura y en la redacción de varios periódicos; y por último, el Doctor Albert, á quien con-

sideraba como hermano, mi compadre, por cuya razón compartía con él cuanto tenía y cuanto valía.

Con estos motivos, ¿era posible que yo dejara caer la pesada losa del olvido sobre sus tumbas, teniendo la pluma en la mano para trazar siquiera una palabra, aún cuando no se haga célebre, como aquel epitafio en el cementerio del padre Lachaise, que en el modesto enverjado de hierro de la tumba lleva grabado lacónicamente el nombre *de Ney?*

No, amigos; no les dejaré olvidados y vivirán en el libro de mis recuerdos, porque son acreedores á vivir, por más malo que sea lo que yo escriba. Las vidas de Plutarco se conservan más por los hechos de los héroes á que pertenecen, que por la originalidad del escritor.

Con esta advertencia voy á relatar lo que sepa de las cuatro personalidades mencionadas, de la manera más sencilla y fácil que pueda.

Desde luégo presto un servicio á la historia, porque relevo al historiador del trabajo que después le costaría el buscar y encontrar los datos que dejo consignados, muchos de los cuales desaparecerían con el tiempo, si no los hubiera compilado en este escrito.

Bien mirado, también gano algo escribiendo la vida de mis amigos, porque por recordarlos, abrirán mi libro y se acordarán de su autor, aunque sea para decir que mi trabajo es muy malo; siempre es mejor que el que quede olvidado por completo.

Así es que, con esta esperanza, me esforzaré porque no salga tan mal lo que escriba de ellos, sin embargo de que por malo que fuere, algo bueno queda en lo